

Tenía que ser Willy quien descubriera la razón por la que las carreteras secundarias de Espirido a Sacramenia y de Cuéllar hasta Ayllón estuvieran recorridas en numerosos puntos por frutales, sobre todo manzanos, aunque también hay algún peral.

Un periodista de provincias tiene multiplicadas las dotes de observación, en una pequeña provincia interior no hay muchas noticias que narrar, eso ayuda a agudizar el ingenio. Buscando Willy información para otra crónica se percató de la presencia de los frutales en una tierra donde su cultivo es anecdótico. No es muy habitual ver una gran cantidad de manzanos a ambos lados de la carretera en una provincia donde la masa arbórea predominante suele ser el pino, común o resinero, y los cultivos frutales son más bien escasos, aunque no por ello de mala calidad. Tierra de Pinares lo llaman.

Su curiosidad periodística le obligó a preguntar en cada municipio que recalaba sobre por qué esos frutales habían crecido a un lado y otro de la carretera. Alguien había contribuido a mejorar el medio ambiente con esta plantación tan rara como aleatoria y fortuita de árboles, sin participar en campañas institucionales. A su modo, y sin esa finalidad, estaba contribuyendo a luchar contra el cambio climático.

Basilio soñó, desde que tuvo la suficiente altura para poder mirar por encima del salpicadero el paisaje en los viajes con la furgoneta de su padre, que iba a dedicarse a conducir, una camión bien alto para poder observar bien toda la naturaleza en sus viajes por cualquier punto geográfico que le llevaran las rutas. Así comenzó su aprendizaje, metiendo las marchas de la furgoneta cuando su padre le dejaba, le explicaba cómo se hacía y desde entonces era el encargado en los viajes del cambio de marchas.

Antes de poder obtener el permiso de conducir ya era capaz de manejar con gran habilidad cualquier vehículo, por grande que fuera, no tenían secretos para él.

La obligatoriedad de “hacer la mili” hizo que el karma le ayudara a cumplir con el sueño infantil, estando destinado a la sección de conductores del cuartel donde le tocó en suerte. Ahí pudo obtener todos los permisos que luego le iban a servir para poder dedicarse profesionalmente al transporte.

Willy, como se le conocía en la profesión, su nombre real era Guillermo, no desaprovechaba la ocasión de preguntar al origen de esos manzanos a borde las carreteras segovianas cada vez que acudía a cualquier población o aldea, ya empeñado en dar con la respuesta aunque solo fuera por su curiosidad innata. Pero toda la gente mayor que se encontraba no sabía la razón, no podían dar respuesta a la pregunta que llevaba bastante tiempo haciéndose.

Como suele ser normal, la solución es más fácil y evidente de lo que pensamos, mejor dicho, no pensamos muchas veces que la lógica se impone si agudizamos los datos de la observación.

También la casualidad juega su baza en nuestras vidas. Acudiendo un día a la celebración en el hogar de personas mayores de la localidad donde vivía Basilio, donde se le homenajeaba por su reciente jubilación, este le contó que su vida la dedicó a conducir camiones por todos los pueblos de Segovia, más de cuarenta años por esos caminos, comiendo muchas veces mientras conducía, el bocadillo que le preparaba su madre, luego su esposa, y la habitual fruta de postre, una manzana o una pera, que tras comer era arrojada por la ventanilla del camión al borde de la carretera.